

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Cómo superaron a los duendes

Las hadas y los duendes, como saben, no siempre son buenos amigos, porque los duendes están un poco celosos del poder que tienen las hadas. Además, les encanta hacer bromas a las pequeñas hadas para fastidiarlas.

Una noche, los duendes descubrieron que las hadas estaban planeando una fiesta en una hondonada, y que ellos no estaban invitados. Al darse cuenta de ello, los duendes idearon un truco para asustar a las hadas, en venganza por no haber recibido una invitación.

La hondonada estaba repleta de numerosas flores, razón por la cual las hadas habían elegido ese lugar. Los duendes pensaron cómo podrían asustar a las hadas, y uno de ellos propuso:

—Escondámonos bajo las flores.

Otro duende cuestionó la idea, afirmando:

—¿De qué servirá? Queremos que nos vean.

—No, no queremos —intervino otro duende—. Nuestro objetivo es escondernos y después asustarlas. Pero, ¿cómo podemos asustarlas? Esa es la pregunta.

—Yo puedo decirles —dijo un duende—. Podemos escondernos entre las flores, y cuando lleguen las hadas, seguro que aterrizarán en una flor. Siempre lo hacen si hay alguna. Entonces, todo lo que tenemos que hacer es saltar y llevarlas a un lugar oscuro antes que

puedan convocar a sus luciérnagas. Como hay luz de luna, ellas no estarán acompañándolas. Estarán haciendo su propio picnic en un pantano lejos de aquí.

Los duendes estuvieron de acuerdo en que éste era un plan inteligente. Esa noche, entraron a la hondonada y se ocultaron bajo las flores.

Finalmente, las hadas llegaron revoloteando a la hondonada y, tal como había predicho el duende, aterrizaron en las flores y comenzaron a cantar. Sin demora, los traviesos duendes se levantaron, cada uno con un hada en sus hombros, y se alejaron corriendo. Sin embargo, las astutas hadas no se dejaron vencer fácilmente. Antes de que los duendes lograsen encontrar un lugar oscuro, la Reina de las Hadas ordenó a sus súbditas que tocaran a los duendes con sus varitas.

La reina se sentó en su diminuto carruaje y presencié las acciones de los duendes. En seguida ideó un plan. Los duendes no habían anticipado su presencia, y las consecuencias que les esperaban. La primera sensación que experimentaron fue un pinchazo de las varitas, y luego, la oscuridad los envolvió.

Los duendes se transformaron en piedra, esparcidos por toda la hondonada, donde alguna vez habían florecido las hermosas flores.

—Han escapado por un pelo, queridas —remarcó la Reina, dirigiéndose a las hadas que se habían reunido a su alrededor—. Esta vez, esos astutos duendecillos han sido engañados. Nunca previeron mi presencia para guiarlas. Las hadas se marcharon rápidamente, dejando atrás las piedras. Cuando el sol comenzó a salir, se sorprendió de

encontrar rocas en lugar de las hermosas flores que normalmente lo saludaban. El sol sonrió, suponiendo que las flores se escondían juguetonamente bajo las rocas. Sin embargo, a pesar de su sonrisa más cálida, las flores no aparecieron. Al caer la noche, el sol sintió tristeza y descendió lentamente con la esperanza de vislumbrar a las hadas. Anhelaba implorar su asistencia para encontrar sus amadas flores.



Cuando la cabeza del sol desaparecía bajo el horizonte, divisó a la luna e ideó un plan. —Enviaré un mensaje a la Señora Luna mediante una estrella — pensó el sol.

En voz baja, el sol llamó a una estrella cercana para pedirle que transmita un mensaje a la luna. El mensaje detallaba las rocas de la hondonada, y rogaba a la luna que pidiera ayuda a sus amigas las hadas para encontrar las flores perdidas. La estrella accedió a entregar el mensaje, y esa noche informó a la luna sobre la petición del sol.

El rostro de la luna se ensanchó con una sonrisa, que pronto se transformó en carcajada.

—Dile al Señor Sol que los duendes destruyeron sus flores —contestó la luna—. Esos traviesos bribones intentaron gastar una broma a mis pequeñas hadas, y a cambio se convirtieron en víctimas. Sin embargo, cuando las hadas salgan esta noche veré qué se puede hacer. A

mí, como al señor Sol, tampoco me gusta la presencia de todas esas rocas. Creo que esta noche las hadas considerarán que los duendes ya fueron castigados lo suficiente.

Así, cuando las hadas llegaron a la hondonada aquella noche, la luna hizo señas a la reina para que le hiciera una visita.

La reina aceptó la invitación, y un rayo de luna creó para su carruaje un camino que conducía directamente a la venerable luna.

Al oír la petición del sol, la reina permaneció en silencio. Sin embargo, la luna añadió:

—Yo también deseo que traigas de vuelta las flores. No se las puede culpar porque los duendes las utilizaron de escondite.

Y entonces, la reina decidió reflexionar sobre el asunto. Al volver con sus hadas, la reina las encontró acurrucadas unas junto a otras, con aspecto desolado e infeliz. Un hada dijo:

—Perdimos nuestras flores, y estas rocas se ven frías y oscuras a la luz de la luna. Casi me arrepiento de haber convertido a los duendes en piedra.

—Si te sientes así, les devolveremos su forma natural — declaró la Reina—. La Señora Luna me mandó llamar y me hizo la misma petición. Le disgustan las rocas tanto como a nosotras. El Sol también echa de menos sus flores. Esta noche nos ha pedido que intentemos encontrarlas. Naturalmente, ignoraba lo que había ocurrido.

—Si le enviamos un mensaje explicando la manera en que los duendes nos molestan, quizás los reprenda y los persuada para que cambien sus malos hábitos —sugirió un hada.

—Oh, por favor, ¡devuélvenos nuestras flores! — exclamaron todas las hadas, bailando alegremente alrededor de su reina.

—Creo que los duendes ya han sido castigados lo suficiente esta vez —declaró la Reina—. Los devolveré a sus formas originales y permitiré que vuelvan las flores. Cada una de las hadas voló a una roca y la tocó con su varita. De pronto, un duende se levantó, con cara de desconcierto y frotándose los ojos. Recordando lo que había ocurrido, los duendes volvieron corriendo a sus rocas, tropezando unos con otros en su apuro.

Aquella noche, las hadas disfrutaron de su fiesta sin problemas. A la mañana siguiente, cuando el sol se asomó a la hondonada, fue recibido por la mirada de sus queridas flores, con sus radiantes rostros vueltos hacia arriba para dar la bienvenida a un nuevo día.